

da. Las derrotas sucedieron pronto á las derrotas. El ejército piomontés, vencido en Somma-Campaña, en Custoza y en Volta, se vió obligado á repasar el Oglio y el Adda, y á últimos de julio se hallaba en plena retirada hacia Milán.

Después de la derrota, Italia mostróse dispuesta á aceptar de Francia el auxilio que tan arrogantemente había rehusado en el período de sus fáciles victorias. Carlos Alberto envió Ricci á París para solicitar la ayuda de su poderosa vecina: á Ricci se agregó Guerrieri, delegado de Milán. El 3 de agosto fueron ambos recibidos por el general Cavaignac, jefe del poder ejecutivo.

Hasta en aquella demanda de auxilio se revelaron las incurables desconfianzas del rey de Cerdeña. Al solicitar la ayuda de Francia, Ricci fingió considerar que ésta ayuda no era urgente, puesto que las tropas sardas aún podían resistir mucho tiempo; el rey del Piamonte no pedía que la República francesa interviniese directamente, sino que pusiera á su disposición un cuerpo de ejército y un general franceses. Más sensato y más político, Guerrieri procuró reparar aquel imprudente lenguaje: repitió varias veces que la intervención era necesaria, que la resistencia no podía prolongarse y que las horas eran preciosas. Pero Guerrieri no tenía carácter oficial; no era más que el delegado de una ciudad ya reunida al Piamonte. Ricci era el único ministro acreditado de un Estado regular.

Semejante actitud cansó la buena voluntad del gobierno francés. Italia victoriosa había rehusado desdeñosamente el auxilio de Francia: vencida, lo pedía de mala manera. Consideróse que la intervención, fácil meses antes, sería de éxito dudoso en presencia del Austria reconfortada por sus recientes victorias. Además los republicanos franceses no tenían simpatías por Carlos Alberto, á quien reprochaban sus antiguas traiciones á los liberales; temían que, una vez en posesión de los territorios codiciados, se entendiese con el gabinete de Viena, y decían, en fin, que una monarquía de doce millones de súbditos, creada en el Norte de la Península, sería una vecindad tan incómoda como el Austria. Bastide, que había reemplazado á Lamartine en el ministerio de Negocios extranjeros, abundaba en aquellas antipatías y recelos, tanto más cuanto que entonces mantenía con los radicales italianos y principalmente con Mazzini relaciones bastante regulares; y éstos le aconsejaban que, en caso de intervenir, Francia lo hiciese en favor de los pueblos italianos y no en favor del rey del Piamonte (1). Por todas estas razones, se acordó desestimar la demanda del gabinete sardo.

Sin embargo, se habían dado á Italia demasiados estímulos para poderla dejar sin esperanzas. A falta de intervención, se habló de una mediación. Con tal objeto desenterróse la proposición de Hummelauer que consagraba la independencia de Lombardía y concedía á Venecia una administración especial. El 9 de agosto, Bastide sondeó las intenciones del gabinete británico (2), y se convino que los dos gobiernos promoverían

(1) Carta de Mazzini á Bastide, del 31 de julio de 1848 (Bastide, *La République française et l'Italie*, pág. 44).

(2) Bastide á lord Normanby, 10 de agosto de 1848; lord Normanby á Bastide, 11 de agosto de 1848 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, parte III, págs. 122 y 126).

la apertura de conferencias con el expresado objeto.

Semejante mediación permitía aún estipular algunas garantías para la independencia italiana. Pero todo conspiró de antemano para hacer vana y ridícula aquella negociación.

Se sabía que Carlos Alberto quedaba vencido, pero no se tenía conocimiento de la extensión de su desastre. No se tardó en conocer toda la verdad. El rey de Cerdeña no solamente se había replegado hacia Milán, sino que había entregado esta ciudad á Radetzky; había evacuado la Lombardía, repasado el Tesino y vuelto á sus Estados hereditarios. El 9 de agosto, á la hora misma en que lord Normanby y Bastide debatían juntos en París los términos de la mediación próxima, Carlos Alberto consentía en un armisticio consagrando una especie de *statu quo ante bellum*, que entregaba á Austria la Lombardía y el país de Venecia, incluso la capital que, sin embargo, aún resistía.

Desde aquel momento se pudo prever la suerte de las negociaciones diplomáticas. ¿Cómo convencer al Austria de que se desprendiese de las provincias que había reconquistado y cuya posesión, siquiera interina, acababa de reconocerle un armisticio? Semivictorioso, el gabinete de Viena hubiera rechazado sin duda la proposición Hummelauer. Victorioso en todos los campos de batalla de Italia, apenas había de tolerar que se hablase de ella.

Como si las dificultades no hubiesen sido bastante grandes por parte de Austria, sucedió que las disposiciones personales del rey de Cerdeña fueron más propias para entorpecer que para ayudar á la obra de la mediación. Tan pronto como este infortunado príncipe hubo aceptado el armisticio que llevó el nombre del general piomontés *Salesco*, dos sentimientos absorbieron su alma. El primero de estos sentimientos fué un inmenso pesar por los territorios vislumbrados y perdidos: el más codiciado por él era la Lombardía. Aunque no había podido defenderla, no comprendía que se la disputasen; por esto no cesaba de repetir á su encargado de negocios en París, Sr. de Brignoles, que la anexión de esta magnífica provincia á sus Estados fuese una estipulación invariable del tratado definitivo. Tan absoluta exigencia de parte de un vencido era por sí sola un obstáculo para el acuerdo deseado. Bastide, que así lo comprendía, no desperdiciaba ocasión de demostrar al enviado sardo que las bases de toda mediación han de discutirse, y que no es posible sentarlas de antemano sin exponerse á un fracaso seguro. Otro sentimiento, de orden más elevado, pero aún más contrario al restablecimiento de la paz, dominaba á Carlos Alberto, y era la humillación de sus derrotas y el deseo de vengarlas. Milán, entregado por él á Radetzky, le maldecía. Venecia, después de entregarse al rey de Cerdeña, había restablecido por segunda vez la República y jurado sepultarse en sus lagunas antes que rendirse al Austria. Los demócratas de Turín y de Génova tampoco habían escatimado al príncipe vencido la expresión de su desprecio. El rey sardo, que era tan caballeresco como codicioso, sintió vivamente aquellas inmerecidas injurias. A pesar de la desigualdad de sus fuerzas, abrigaba la idea de volver á tomar las armas: un secreto instinto quizá le advertía también que una derrota, con tal de que fuese realizada por el heroísmo, favorecería, más que

todo lo demás, el porvenir de su casa. El Piamonte se prestaba, pues, tan poco como el Austria á las miras conciliadoras de los mediadores.

Para que una mediación sea eficaz ha de poderla apoyar, si es preciso, la fuerza de las armas; y Francia salía de la insurrección de Junio, sólo pensaba en resanar sus heridas, ansiaba la paz, y estaba gobernada,

lenguaje impregnado de la grandeza de su alma, Bastide lo manifestaba con toda la franqueza de su mal humor. Es curioso sorprender en los despachos de este diplomático improvisado la expresión ingenua de sus decepciones y de su despecho. El 29 de agosto escribía al ministro de Francia en Florencia: «El gobierno de la República no cree hoy, como no creía hace un mes, en



Carlos Alberto, rey de Cerdeña. (Retrato pintado por Marghinoti di Camora.)

no ya por Lamartine, alma poética y propensa á los entusiasmos, sino por un militar de más sensatez que talento y poco accesible á las ilusiones. Si hubiese podido subsistir alguna duda sobre las intenciones pacíficas de Francia, Cavaignac se hubiera encargado de disiparla. El 25 de agosto de 1848, subió á la tribuna y expuso claramente su política respecto á Italia. Recordó que los pueblos de la Península rehusaron el auxilio de Francia, y manifestó su convencimiento de que la nación deseaba ante todo conservar una paz honrosa y satisfacer los intereses del honor del país, sin turbar, si era posible, la paz del mundo.

No era posible repudiar con más altiva modestia la política de aventuras. Lo que el general decía en un

el entusiasmo y predilección de los italianos por la Francia (1). Sólo cree en su veleidat y en su impotencia. Italia ha comprometido, por no decir perdido, su causa por una vanidosa obstinación en rechazar un auxilio generosamente ofrecido. A los ojos de la posteridad, la libertad italiana no ha dicho una palabra, no ha realizado un acto que no nos haya sido desagradable ó hostil; no entra pensamiento alguno de rencor ó de venganza en nuestro espíritu; pero estamos advertidos y debemos obrar en consecuencia. Italia debe estar satisfecha de que la República consienta en olvidar la acogida que hizo á sus manifestaciones generosas.»

(1) Despacho de Bastide á Benoit-Champy, Florencia, 29 de agosto de 1848.

Estas palabras amargas revelaban bien el pensamiento del gobierno francés. Durante los meses de septiembre y octubre el lenguaje del ministro de Negocios extranjeros no cesó de expresar el mismo desaliento. Sus aspiraciones se limitaban á prevenir todo ataque contra Venecia, que el armisticio *Salasco* entregaba al Austria, y á impedir, si posible era, toda ocupación de los ducados y de las Legaciones por las tropas imperiales. Un solo acontecimiento era considerado por él como un *casus belli*, y era el de que las tropas austriacas pasasen el Tesino. Sobre este punto, su lenguaje era claro y categórico: «Defenderemos la frontera del Tesino como defenderíamos la del Var,» dijo el ministro (1). Por lo demás, se presentía que Italia iba á verse abandonada á sí misma. Bastide no se cansaba de repetir que si el Piamonte denunciaba el armisticio y rompía de nuevo las hostilidades, sería por su cuenta y riesgo, y que no hallaría socorro alguno allende los Alpes (2).

Hay en la diplomacia, como en todos los negocios humanos, ciertas negociaciones que no pueden llevarse á buen término, que no quieren abandonarse oficialmente, y á las cuales se dan largas hasta que el tiempo ú otra preocupación las haga olvidar. Tal fué la suerte de la mediación anglo-francesa. Austria no se prestaba á ella; el Piamonte tampoco; Inglaterra se interesaba poco en el asunto; Francia, antes tan amiga, se había visto desairada en sus ofrecimientos y defraudada en sus esperanzas. Desplegóse todo el lujo de los procedimientos diplomáticos sin resolver nada. Discutióse sobre la apertura de las conferencias y se deliberó sobre el sitio en que estas conferencias habían de celebrarse. Después de muchas negociaciones fué designada Bruselas; nombráronse después los plenipotenciarios; y sin adelantar más, se dejó que Austria y el Piamonte viviesen bajo la ley del armisticio *Solasco*, en un estado que no era la paz ni la guerra. ¿Es esto decir que Italia dejase de llamar la atención de Europa y sobre todo de Francia? De ninguna manera. En el momento mismo en que la cuestión de la independencia italiana entraba en una corta fase de apaciguamiento, nuestras miradas se fijaban en Roma, donde los intereses más graves del orden social, político y religioso, solicitaban nuestra propia acción. No escapábamos á la *cuestión italiana* sino para caer en la *cuestión romana*.

IV

El año 1848 había sido fecundo en pruebas para Pío IX, en agitaciones para la ciudad de Roma y en decepciones para los amantes de la libertad. El pontífice, bajo la presión de los acontecimientos, había otorgado, según hemos visto, en el mes de marzo una Constitución al pueblo y había tolerado además la formación de un cuerpo de tropas que á las órdenes del general Durando había sido dirigido hacia el Norte de Italia. Este cuerpo de ejército, destinábalo el papa, como se ha dicho, únicamente á la defensa de las fronteras pontificias, mas no lo entendía así el partido de la revolución,

(1) Bastide á Bois-le-Compte, Turín, 10 de octubre. Bastide á Perrone, presidente del consejo de ministros del rey de Cerdeña, 23 de octubre.

(2) Bastide á Bois-le-Compte, Turín, despachos del 10 y del 19 de octubre.

el cual quería que se le utilizase en la guerra inmediata contra el Austria, y aun en una proclama de Durando á sus soldados anunciábase la próxima lucha. En modo alguno podía convenir á Pío IX dejar subsistente tal equívoco: por una parte repugnaba á su carácter sagrado la efusión de sangre, y por otra, Austria era una potencia católica y la hostilidad contra ella podía producir, aun en el orden religioso, graves consecuencias. Por esto el pontífice, en una encíclica de 29 de abril, desautorizó todo pensamiento belicoso, y al propio tiempo, para manifestar de una manera clara las simpatías de su corazón, conjuró al emperador, en los términos más sentidos, á que pusiera fin á una lucha implacable y á que se convirtiera en bienhechor más bien que en dominador de Italia. Este documento de 29 de abril selló la ruptura entre el papa y el partido revolucionario que hasta entonces había fingido ampararse del nombre de Pío IX, estallando entonces en Roma un gran tumulto. El pontífice cedió á la violencia y llamó al ministerio al conde Mamiani, hombre moderado, pero en otro tiempo proscrito. A fin de calmar los escrúpulos del papa decidióse, apelando á un extraño subterfugio, que el gobierno romano no declararía la guerra al Austria, pero que se pondría á las tropas de Durando bajo las órdenes de Carlos Alberto; ya hemos visto cómo capituló Durando en Vicenza. El papa, sin embargo, soportaba más bien que aceptaba su ministerio, y Mamiani, desautorizado por su soberano, gobernaba tan poco como Pío IX; quienes gobernaban eran los casinos, los clubs y sobre todo la prensa que excitaba las pasiones. En 19 de julio cayó Mamiani del poder, produciéndose una larga crisis ministerial, un largo período de anarquía durante el cual Roma fué una verdadera *Babel* y no hubo en ella orden, seguridad ni libertad.

En tan tristes circunstancias, Pío IX volvió á Francia los ojos, y no porque la nueva república le inspirase gran confianza, puesto que hasta se había mostrado poco solícito en reconocerla, reserva rayana en frialdad que no sin disgusto había visto el gobierno francés (3); pero de todas las potencias católicas, aquella era la de quien más útilmente podía el pontífice solicitar el apoyo. En los primeros días del mes de agosto dirigióse directamente al general Cavaignac pidiéndole que enviara á Roma algunos millares de soldados. Ya se recordará que desde el mes de enero, cuando los peligros eran mucho menos graves, M. Guizot se había preocupado de preparar semejante socorro; pero la República, en aquella sazón menos previsora, rechazó aquel primer llamamiento de Pío IX, entendiendo que una verdadera intervención sería incompatible con el papel de medidora que respecto de Italia se había impuesto. En cuanto al envío de tres ó cuatro mil franceses á Roma para proteger al papa contra sus enemigos del interior, el ministro de Negocios extranjeros estimaba que este servicio de policía estaba muy por debajo de la dignidad de nuestro gobierno (4).

Oprimido por sus propios súbditos y creyéndose abandonado de Francia, no por esto se desalentó Pío IX. Hubiera podido echarse en brazos de la revolución, con la esperanza de apaciguarla á fuerza de sacrificios; hu-

(3) Despacho de M. Bastide á M. d'Harcourt, de 7 de julio de 1848.

(4) M. Bastide á M. d'Harcourt, 25 de agosto de 1848.

biera podido asimismo retroceder bruscamente y demandar de las potencias absolutistas la consolidación de su trono; mas lejos de caer en uno ó en otro exceso, quiso, á pesar de sus desengaños, intentar un último esfuerzo para establecer un régimen regular, liberal y duradero, y á fin de que le secundara en empresa tan generosa fijóse en el ex embajador del rey Luis Felipe, en Rossi.

Este, después de la revolución de febrero, había quedado en los Estados de la Iglesia, ya porque le repugnara volver á ver la Francia de donde estaban deserrados sus protectores, ya porque en el ocaso de su existencia sintiera renacer su afecto por la primera patria de su juventud. Retirado en Frascati, seguía desde allí atentamente las vicisitudes por que pasaba Italia: la lucha entablada por la independencia no le había dejado indiferente y antes bien el menor de sus hijos había se alistado en uno de los batallones que se encaminaban á las orillas del Adigio. Cuando el papa, en el mes de abril, sondeó por vez primera sus intenciones, al principio vaciló ante las dificultades de la misión que se le proponía; no se le ocultaba que la República francesa vería con gran despecho que un amigo de M. Guizot se encargara de la dirección de los negocios pontificios, y se le ocultaba esto tanto menos cuanto que nuestro embajador, M. d'Harcourt, obediendo las instrucciones de M. Bastide, había insistido vivamente cerca del papa sobre la inconveniencia de tal elección (1). Sabía, por otra parte, que en el ejercicio de su cargo se atraería las iras de los dos partidos contrarios que le considerarían como antiguo *carbonario* el uno y como campeón del orden el otro. Y, por último, su experiencia le demostraba claramente que si las reformas son siempre de realización difícil, resultan casi imposibles de acometer y ejecutar cuando el espíritu revolucionario se ha apoderado de ellas para explotarlas. Sin embargo, instado nuevamente, cedió y en 16 de septiembre entró á formar parte de los consejos del papa. Y ya después de haber cedido, entregóse por entero, orgulloso de haberse asociado á una de esas arduas empresas que rara vez salvan á los pueblos, pero que consagran la memoria de los que á ellas se dedican en cuerpo y alma.

Las Cámaras se habían separado en 26 de agosto y no debían volver á reunirse hasta el 15 de noviembre; era, pues, preciso aprovechar esos dos meses para restaurar el poder desorganizado ó debilitado y para preparar un programa de gobierno. En el nuevo ministerio, Rossi se encargó de tres carteras, la del Interior, la de la Policía, é interinamente la de Hacienda; pero su actividad estuvo á la altura de tan pesada tarea. La anarquía reinaba en todas partes; las Legaciones estaban casi separadas de hecho del resto de los Estados de la Iglesia; Bolonia percibía impuestos y creaba el papel moneda; en Ancona acababa de formarse un comité de salud pública y en Roma la policía era impotente para reprimir los desórdenes diarios (2). El primer cui-

(1) Despacho de M. d'Harcourt á M. Bastide, 4 de septiembre de 1848. Justo es consignar que M. d'Harcourt no compartía las mezquinas prevenciones del ministro de Negocios extranjeros y sólo combatía la entrada de M. Rossi en el gobierno pontificio para conformarse con las órdenes de su jefe: «La subida de M. Rossi al poder, escribía, necesariamente nos será favorable, porque no es un *obscurantista*, como se pretende; el único peligro está en que la situación pueda más que él.»

(2) «Me he visto obligado á recurrir al ministro de la Policía

para concentrar en sus manos la autoridad y devolver la energía y la confianza á sus subordinados. Para remediar la penuria del tesoro, consiguió que el clero y las corporaciones religiosas le hicieran un anticipo de cuatro millones de escudos, lo que le permitió retirar de la circulación una porción de bonos del Tesoro emitidos en el año anterior. El nuevo ministro llamó al general Zucchi, residente entonces en Suiza, soldado veterano que había hecho las guerras del Imperio en las filas del ejército francés y que era á la vez poco favorable al Piamonte y muy hostil al Austria, y le confió la cartera de Guerra, encargándole de la reorganización de la fuerza pública. Fijó luego su atención en los abusos del orden administrativo y cuidó de que se elaborara una serie de proyectos para destruirlos. Economista no menos que hombre de Estado, Rossi no podía ser indiferente á esos progresos del orden material y científico de cuya ignorancia ó negligencia se había á veces acusado al gobierno pontificio; así es que se ocupó en organizar escuelas profesionales, instituyó nuevas cátedras en la Universidad de Bolonia, creó oficinas de estadística, decretó la construcción de dos líneas telegráficas, una hacia Ferrara y otra hacia Civita-Vecchia, y pensó en entrar en tratos con una compañía para el establecimiento de un ferrocarril de Roma á Nápoles. En el orden político, el presidente del consejo no desperdió ocasión alguna de afirmar á la vez su respeto al *estatuto constitucional* y su firme voluntad de reprimir el desorden. Finalmente su vigilancia traspasó los límites de los Estados de la Iglesia, y reanudando un proyecto ya intentado en otro tiempo, entabló negociaciones con los gobiernos de la península para establecer una confederación italiana; pero, á diferencia de Gioberti, el ministro pontificio negábase á reconocer á Cerdeña un lugar preponderante en la unión común, pues su perspicacia le revelaba anticipadamente las ambiciones piamontesas, aparte de que no estimaba justo que Nápoles y Florencia fuesen sacrificadas á Turín: quería una liga de Estados iguales en derechos, no subordinados. De este modo manifestábase la solicitud del nuevo jefe del gobierno pontificio lo mismo en los más menudos detalles de la administración que en los más elevados problemas de la política.

Entonces pudo verse cuán execrable era la facción revolucionaria. La independencia nacional había sido comprometida así por la loca presunción como por la desunión de los pueblos italianos, y aún después de este fracaso quedaba por defender la causa de la libertad civil, del progreso regular, del orden legal. En estas circunstancias, había surgido un hombre de Estado capaz de comprender esta misión y, por ende, de reparar el pasado, de consolidar el presente, de preparar el porvenir; pero este último favor de la Providencia resultó inútil, pues el pueblo italiano, volviéndose bruscamente atrás, retrocedió hasta las más siniestras tradiciones de las repúblicas de la Edad media y tramó contra la vida de Rossi un complot que estalló el 15 de noviembre, día de la reapertura del Parlamento.

Desde hacía algún tiempo temíase que aquel día

con ocasión de ciertos delitos, escribía en 4 de septiembre M. de Harcourt á M. Bastide, y me ha declarado ingenuamente que carecía de medios para conocer de ellos y con mayor motivo para reprimirlos.»

ocurrirían algunos desórdenes, y aun á prevención habían sido llamadas á Roma tropas con cuya fidelidad creía poder contar el gobierno. Rossi, en tanto, preparábase á exponer á la Cámara el programa de su política y se lisonjaba de que, siendo como era tan patente la bondad de sus medidas, formaría una mayoría gubernamental en torno de su nombre. Halagado por esta esperanza, rechazó con altanería algo desdenosa los avisos que se le dieron para que proveyese á su seguridad personal, ya que sea por indiscreción, sea por remordimientos de algunos conspiradores, no faltó quien oportunamente le advirtiera de lo que contra él se había tramado. En la mañana del día 15, la esposa de uno de sus colegas, la duquesa de Rignano, le escribió rogándole encarecidamente que no saliera de su casa; poco después, mientras almorzaba con su familia, un desconocido le hizo la misma advertencia en la forma más apremiante. Al mediodía, Rossi fué al Quirinal, y el papa, que se había enterado de los horribles rumores que por la ciudad circulaban, recibió á su consejero más afectuosamente que de ordinario y después de haberle bendecido le dijo: «Sólo tengo que daros una orden y es que adoptéis todas las precauciones posibles para evitar á vuestros enemigos la comisión de un gran crimen: vuestra vida está amenazada.—Son demasiado cobardes, respondió el ministro; no se atreverán.» Y dichas estas palabras salió. En el momento en que se retiraba de las habitaciones de Pío IX, acercósele un prelado, el cual, después de haberle comunicado las siniestras confidencias que acababan de hacerle, suplicóle que no asistiera á la sesión de apertura del Parlamento. Rossi, al parecer, se afectó; pero, reponiéndose en seguida, dijo: «La causa del papa es la causa de Dios; iré adonde el deber me llama.» Y acompañado del subsecretario de Hacienda, Sr. Righetti, subió al coche y se dirigió al palacio de la Cancillería, en donde celebraban sesión los diputados.

Cerca ya del edificio, oyóse un silbido y vióse á un hombre adelantarse corriendo como para anunciar la llegada del ministro. El cochero, sorprendido, detuvo los caballos, pero luego, por orden de Rossi, prosiguió su camino hasta llegar delante del palacio. La guardia cívica ocupaba la plaza, pero no el patio interior, así es que apenas el coche hubo entrado en el pórtico, rodeó un grupo numeroso para hacer imposible toda retirada. Righetti se apeó y después de él bajó el presidente del Consejo. Al silencio glacial que hasta entonces reinara sucedieron vociferaciones, silbidos y gritos de muerte; Rossi paseó su mirada firme sobre la hostil multitud y al subir los primeros escalones del peristilo un hombre le dió un bastonazo en la espalda. Volvióse aquél inmediatamente hacia su agresor, y al hacer este movimiento dejó al descubierto su cuello; en el mismo instante claváronle en la garganta un estilete. Todavía subió algunos escalones, pero en seguida cayó desplomado; Righetti, con ayuda de un criado, le transportó á las habitaciones del cardenal Gozzoli. La herida era mortal, pues el arma había partido la arteria carótida; el cura de San Lorenzo in Damaso acudió apresuradamente y dió la absolución al moribundo, que expiró casi en el acto.

Pero aún hubo algo más odioso que el crimen, y fué la maldad que lo aclamó y la cobardía que guardó silencio.

La guardia cívica que ocupaba la plaza permaneció impassible y no hizo ninguna tentativa para capturar á los asesinos. La Cámara de los diputados estaba reunida y el presidente Sturbinetti no supo ni levantar acto seguido la sesión, ni encontrar una sola palabra para condenar el asesinato, sino que pasó á la orden del día; y habiéndose producido en las tribunas un murmullo de asombro, uno de los diputados exclamó: «¿Qué sucede? ¿Acaso ese hombre era el rey de Roma?» Al oír estas crueles palabras, los miembros del cuerpo diplomático, entendiendo que la medida estaba ya colmada, se levantaron. «Salgamos, dijo el embajador de Francia; ya no tenemos nada que hacer aquí.» Por la noche, los asesinos y sus cómplices recorrieron las calles y organizaron iluminaciones; las tropas, que salieron de sus cuarteles, fraternizaron con la multitud, y de entre los grupos salía este grito: «¡Bendito sea el puñal que ha matado á Rossi!» Y hasta hubo pandillas que se dirigieron al palacio en donde residían la viuda y los hijos de la víctima é insultaron su dolor. El director de policía se negó á tomar las medidas de represión que le fueron ordenadas y el lenguaje de los periódicos vino á añadir un nuevo escándalo á todas estas vergüenzas, ensalzando el crimen los más exaltados y los más moderados, temerosos de aprobarlo directamente, atreviéndose á escribir que el estilete que había herido á Rossi era el instrumento de «una Providencia tan terrible como justa (1).»

Al día siguiente, aquella jornada tuvo su epílogo. Desde por la mañana, los miembros de los clubs, la guardia nacional y los cuerpos de la guarnición se reunieron en la plaza del Pueblo y al mediodía se formaron procesionalmente, recorrieron el Corso y se dirigieron al Quirinal: tratábase de hacer aceptar al papa un programa político redactado la víspera en el *Círculo Popular* y que consistía en el reconocimiento de la nacionalidad italiana, la convocación de una Constituyente y la formación de un ministerio democrático. Cuando la manifestación llegó á la plaza Monte-Cavallo, una comisión compuesta de miembros de los casinos y de representantes del pueblo penetró en el palacio y fué recibida por el cardenal Sogliá, quien les respondió que el papa dispondría; mas como esta contestación no satisficiera á los manifestantes, los delegados intentaron una segunda gestión. Entonces les recibió el pontífice en persona, rodeado de los embajadores de Francia, España, Rusia y Baviera, que habían acudido para prestarle el concurso de su autoridad y también para protegerle, ya que el Quirinal sólo estaba defendido por un centenar de suizos y algunos guardias de corps. Pío IX negóse desde luego á aceptar el programa que se le imponía y desde aquel momento no reconoció límites la audacia de los facciosos. Comenzaron á levantarse barricadas; los agitadores se distribuyeron por la ciudad llamando á las armas, y la guardia cívica, la gendarmaría, las tropas de línea y la legión romana, con músicas y tambores al frente, situáronse en orden de batalla en la plaza del Quirinal y se unieron á los amotinados. Los suizos, que en tan críticas circunstancias se mantuvieron firmes, habían cerrado la puerta principal del palacio,

(1) *La Época* del 16 de noviembre, citada por M. de Gaillard en su *Histoire de l'expédition de Rome*, pág. 81.

en vista de lo cual los revolucionarios llevaron allí una pieza de artillería para forzar la entrada del edificio. Hicieronse varios disparos contra las ventanas, resultando á consecuencia de ellos herido mortalmente un prelado doméstico de Su Santidad. Por momentos aumentaban las fuerzas de la sedición, sin que ni uno de los jefes de la fuerza pública, ni uno de los ilustres personajes romanos fuese á ofrecer sus servicios al papa (1), el cual, abandonado por todos y sin tener á su lado más que al cuerpo diplomático, se sometió á los rebeldes á fin de evitar el derramamiento de sangre, y á cosa de las ocho de la noche anunció que aceptaba una lista ministerial en la que figuraban Mamiani, Galetti y Sterbini. Entonces se reprodujeron todas las escenas del día anterior, los gritos de alegría, las marchas de las antorchas, los paseos tumultuosos, manifestaciones de un pueblo extraviado que celebraba su ignominia del mismo modo que habría celebrado una victoria.

V

Ya hemos referido (2) cuán grande fué la impresión que en Francia produjo la noticia del asesinato de Rossi, del motín del 16 de noviembre y de los peligros que corrió el papa; hemos visto también cómo inmediatamente se confió á M. de Corcelles la misión de partir para Roma á fin de ofrecer al pontífice la hospitalidad del suelo francés, cómo embarcó en Tolón un cuerpo de tropas y cómo la Asamblea aprobó estas resoluciones por medio de una orden del día solemne.

Sucedió, empero, que los acontecimientos no correspondieron del todo á este generoso y espontáneo impulso. Sea por temor de comprometer el porvenir, sea por respeto á la independencia del pueblo romano, el gobierno había tenido buen cuidado de anunciar que su propósito era proteger la *persona del Padre Santo* y no mezclarse en las cuestiones políticas existentes entre el Sumo Pontífice y sus súbditos, y las instrucciones que en este sentido se dieron á M. de Corcelles fueron terminantes, no siéndolo menos las declaraciones de la Asamblea. Ahora bien, no tardó en saberse que en 24 de noviembre Pío IX, burlando la vigilancia de sus guardianes, había logrado salir de su capital y refugiarse en Gaeta, en territorio napolitano, habiendo sido objeto por parte del rey de las Dos Sicilias de una acogida tan solícita como respetuosa. Desde aquel momento quedaba conseguido nuestro objeto, si había que atenderse tan sólo á los términos estrictos de nuestro programa: el papa estaba sano y salvo y además rodeado de consideraciones y en país amigo: ¿qué más podía desearse? Las tropas ya embarcadas podían regresar á sus cuarteles de Marsella y de Tolón, y era inútil que M. de Corcelles pasara el mar, y en caso de que fuera á Gaeta, su viaje no podía tener otra finalidad, como él mismo decía placenteramente (3), que llevar al pontífice la *tarjeta de visita de nuestros soldados*. Nuestra misión quedaba cumplida aun antes de haber comenzado.

Sin embargo, esta actitud un tanto mezquina aunque

(1) Despacho de M. d'Harcourt á M. Bastide, de 17 de noviembre.

(2) Véase pág. 454 del presente tomo.

(3) M. de Corcelles, *Souvenirs de 1848: première intervention á Rome*.

leal no debía bastar á satisfacer durante mucho tiempo los deseos de los católicos; y hasta el amor propio nacional tampoco se satisfacía con ella. ¿Acaso no había algo más precioso que la existencia del papa? Sí, el mismo papado. La preocupación de la libertad de los romanos, ¿podía hacer olvidar los intereses cuya custodia en Roma estaba confiada á Francia? Francia, á quien antes tanto emocionaban las noticias de Roma, ¿había hecho al pontífice objeto único de su solicitud? ¿Por ventura no había querido atender á la independencia espiritual de aquél y también á su poder temporal, garantía de esa independencia? Todas estas consideraciones se impusieron muy pronto, no al general Cavaignac, que en aquel mismo momento caía del poder, sino á Luis Bonaparte y á sus consejeros. La historia diplomática de los meses siguientes está contenida por entero en las medidas sucesivas, ambiguas á menudo y casi contradictorias, mediante las cuales el ministerio Barrot ampliará y transformará el programa de Cavaignac y se verá empujado, á veces á pesar suyo y como por la fuerza de las cosas, no sólo á proteger la libertad material del papa, sino además á asegurar su libertad moral, y en último término á restaurar su mismo trono.

No es temerario afirmar que esta política de atrevidas iniciativas hubo de luchar en un principio contra grandes obstáculos que se alzaban en el Elíseo (en el ministerio) y en el propio seno de la Asamblea.

Luis Bonaparte había en 1831 empuñado las armas contra el gobierno pontificio, y bien podía suponerse, sin que tal suposición fuese inverosímil, que en su edad madura no había abjurado enteramente de las tendencias de su juventud. Cuando la Asamblea, en su orden del día de 30 de noviembre, había aprobado la iniciativa generosa de Cavaignac, él se había abstenido, y aunque algunos días después había desautorizado la conducta de su primo, el príncipe de Canino, muy mezclado en aquel entonces en las agitaciones romanas, esta desautorización en vísperas de la elección presidencial había parecido á la mayoría una maniobra electoral más bien que la expresión de un pensamiento del todo sincero. Desde su elección el nuevo jefe de Estado demostraba, al hablar de los asuntos italianos, una moderación reservada que no quitaba las esperanzas á ningún partido. En la recepción de 1.º de enero habíase visto al príncipe acercarse al nuncio y expresarle en forma muy cortés su deseo en favor de una próxima restauración pontificia. Por otra parte, afirmase que por aquel mismo tiempo Luis Bonaparte, en una entrevista celebrada con el enviado de la república de Venecia, Sr. Tommaseo, manifestóse dispuesto á reducir más bien que á fortalecer el poder temporal del papa (4); y pocos días después, el presidente de la República, al recibir á M. Corcelles, que regresaba de Gaeta, le indicó que la revolución italiana tal vez triunfaría (5). Según se ve, no se conocían con certeza los verdaderos sentimientos del nuevo huésped del Elíseo, y acaso él mismo ignoraba en cuál inspiración se fijaría definitivamente.

En el seno del consejo, tres ministros sobre todo tenían el deber de debatir y resolver la cuestión romana: M. Barrot como jefe del gabinete, M. Drouyn de Lhuys

(4) *Documents laissés par Manin et publiés par M. Planat de la Fuye*, tomo II, págs. 63 y 64.

(5) Documentos y papeles inéditos.